SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 5 DE FEBRERO DE 2006
Turismo 12

COPAHUE-CAVIAHUE

En el verano neuquino, excursiones por la tierra mapuche y baños termales bajo el volcán

POR JULIAN VARSAVSKY

Villa Ventana es un pueblito de calles de tierra arboladas con agradables complejos de cabañas, campings, casas de té y talleres de artesanos donde se vive principalmente del turismo. Por su ubicación, sirve de base para una variedad de salidas de trekking y cabalgatas por el Cordón de Ventania. Estas excursiones permiten conocer uno de los ambientes naturales mejor conservados de la provincia de Buenos Aires, cuyo eje es el Parque Provincial Tornquist, que resguarda en sus 6000 hectáreas una muestra del castigado pastizal pampeano, poblado por 200 clases de aves y especies amenazadas como la mulita, el puma y el guanaco.

La famosa ventana que diseñó la naturaleza. Un mirador excepcional en lo alto de la sierra.

TURISMO BONAERENSE *Sierra de la Ventana*

Una ventana a la naturaleza

Desde el poblado de Villa Ventana, una visita al Parque Provincial Ernesto Tornquist para recorrer la Sierra de la Ventana y su famoso mirador natural. Excursiones y aventuras por uno de los ambientes naturales mejor conservados del territorio bonaerense.

AL "HUECO DE LA VENTANA" El punto culminante de una excursión a las sierras es llegar a la famosa ventana natural que la acción del viento y el agua fue abriendo a lo largo de millones de años en la pared del fondo de una cueva. Para visitarla se debe ingresar al parque desde la Ruta 76, a siete kilómetros del pueblo de Villa Ventana.

El recorrido completo hasta La Ventana requiere de cinco horas de caminata exigente aunque sin mayores complicaciones. Para poder subir hay que registrarse en las oficinas del centro de guardaparques antes de las 11 de la mañana, ya que luego de ese horario no se permite el ascenso por la extensión del circuito. El trayecto hasta el "hueco de La Ventana" tiene diez estaciones. El tramo más exigente y empinado es el primero, y su flora no es autóctona sino implantada del Hemisferio Norte, como los pinos y cipreses. Incluso otras especies, como los eucaliptos, fueron traídas desde Oceanía.

A partir de la primera estación ya no hay más árboles. Y a medida que se asciende empieza a aparecer la fauna local, en primer lugar alguna de las dos tropillas de guanacos que habitan en el parque, las únicas que quedan en la provincia. En el suelo de este sector también se encuentran vestigios fósiles de fauna marina, ya que hace millones de años las aguas cubrían estas tierras. Con los profundos cambios geológicos, el lecho marino se elevó y se convirtió en la ladera de una montaña (Estación Dos).

Entre la flora sobresale un llamativo arbusto conocido como pino plateado o llantén, que les sirve de camuflaje a los zorros. Este arbusto, que crece entre las grietas y los roquedales secos, es una especie endémica que no existe en ningún otro lugar de la Tierra, salvo en la franja entre los 550 y 750 metros de altura en estas sierras, a las que tapizan con un tinte gris.

A partir de la Estación Ocho el vasto panorama abarca todo el parque provincial, parte del Cordón de Ventania y el cerro Tres Picos, que con sus 1244 metros de altura es el mayor de la provincia. Aquí se distinguen claramente dos ambientes: el pastizal pampeano y el ambiente rocoso de altura. Entre las rocas habita otra de las especies endémicas llamada iguana de cobre, un pequeño reptil inofensivo y confiado que a veces se puede observar alimentándose mientras se prepara para pasar el invierno oculta e inactiva a resguardo del frío. Pero en las alturas hay otros anfitriones un poco más visibles como el águila mora, el piquito de oro y el aguilucho serrano.

Al llegar a los 1130 metros aparece la imponente ventana que con sus ocho metros de alto por cinco de ancho encuadra toda la belleza del paisaje. Desde esa altura los visitantes pueden ver las dos laderas montañosas y admirar el panorama... aunque un viento inclemente alborote las cabelleras y los sentidos.

GARGANTAS DE PIEDRA
El circuito hasta La Ventana lo puede realizar cualquier persona de más de ocho años con ganas de caminar y subir –bastante– sin ne-

A LOMO DE CABALLO

Así como muchos eligen el esfuerzo de recorrer la sierra a pie, otros optan por hacerlo a lomo de caballo. El lugar clásico en la zona para iniciar una cabalgata es el establecimiento rural Campo Equino, que ofrece una amplia variedad de circuitos. Uno muy famoso es el llamado Sierras de la Ventana y Pinturas Rupestres, que dura tres horas y media con dificultad baja. Este circuito se interna entre imponentes paredones que ocultan en sus entrañas una pequeña cueva tapizada por helechos y vestigios artísticos de los pobladores indígenas que habitaron la zona durante miles de años (el precio es de $ 40 por persona).

Una alternativa más aventurera es una cabalgata de dos días visitando históricas estancias, pero también altas cumbres montañosas, arte rupestre y hermosos arroyos pródigos en fauna para acampar junto a ellos, a la sombra de un monte (el precio es de $ 220 por persona). Más información al teléfono 0291-421029 15-6431582 e-mail: *campoequino@laredsur.com.ar*

ESTANCIA SERRANA

A 60 kilómetros de Sierra de la Ventana, la Casa de Campo La Nancy está ubicada en un punto geográfico ideal para recorrer las sierras y el Parque Provincial Ernesto Tornquist. En las afueras de la localidad de Goyena, un desvío de tierra que nace en la Ruta 33 lleva hasta la tranquera de La Nancy. La Casa de Campo es el centro de una estancia de 400 hectáreas. Y desde allí, salvo el casco, no se ve otra construcción ni torre de luz alguna en el horizonte sino un verde infinito que se pierde en la llanura pampeana. Cada recoveco de esta casona de 1927 está decorado con recuerdos familiares, como una vitrola del escritor Ezequiel Martínez Estrada, quien vivía cerca de La Nancy y era amigo de los dueños. A las 6 de la tarde –la hora del té–, la mesa está servida con pastelitos criollos de dulce de batata y budín casero recién sacado del horno.

La Nancy dispone de siete habitaciones muy espaciosas con piso de madera y antiguas camas de roble. A la hora de la cena, los huéspedes se reúnen alrededor de la gran mesa del comedor para disfrutar del menú. Entre los platos que se preparan figuran las crêpes de espinaca y la pata de cordero a las hierbas. Nunca falta un asado durante algún almuerzo, o los tallarines amasados a mano. Durante la noche, el silencio campestre de La Nancy es casi absoluto. El vidrio de las ventanas se empaña y cada tanto se oye el chistido apagado de una lechuza. A la mañana, luego del desayuno, hay quienes eligen dar un paseo en sulky o una cabalgata por los campos sembrados de soja, trigo y girasol (también se produce ganado ovino y porcino). En el jardín hay unas cómodas hamacas atadas entre los árboles, y del otro lado de la casa está la cancha de bochas. Los amantes de la pesca pueden ir a una laguna cercana al pueblo de Puán, que es pródiga en pejerreyes. Y los golfistas disponen de una de las mejores canchas del país, cerca de Sierra de la Ventana. El alojamiento cuesta $ 110 por persona, con pensión completa. Más información en *www.lanancyestancia.com.ar* Tel.: 4824-9452 / 15-4936-4010.

cesidad de un guía, por senderos bien demarcados. Pero existen también otros circuitos de mayor sencillez como La Garganta Olvidada, en cuya pared de roca se realizan prácticas de rappel y escalada. El sendero de este circuito bordea un curso de agua seco que finaliza en una especie de garganta. Allí, desde una pared montañosa, brotan hilos de agua formando caídas de poco caudal.

Un paseo de dos horas de caminata tranquila que parte de la base de la sierra lleva a otro sector muy visitado llamado Los Piletones. En el trayecto se atraviesa un hermoso pinar y se desemboca en un arroyo que se convierte en unos posones muy llamativos. Y por último existe el circuito Garganta del Diablo, que avanza por los faldeos de la sierra para internarse en la profunda quebrada de un arroyo. El sendero avanza entre enormes paredes de roca cuarcítica y desciende hasta un sector denominado El Balcón, donde hay una caída de agua de 15 metros y dos grandes piletas naturales formadas por un arroyo encajonado entre dos paredes verticales ✹

Desde el encrespado perfil de la Sierra de la Ventana, un vasto panorama del pastizal pampeano.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Desde la ciudad de Buenos Aires, por la ruta provincial 76. Los trenes de Ferrobaires llegan, según los días, a las estaciones de Tornquist y Sierra de la Ventana
(Reservas al 0800-222-8736).

Dónde alojarse: La Posada del Duende ofrece dormis para dos personas con desayuno por $ 65. Sitio web *www.villaventana.com/laposadadelduende*

La Posada de la Reina es un complejo de cabañas de un dormitorio ($ 130 por día para dos personas) y de dos dormitorios ($ 190 por día para cuatro personas). Sitio web: *www.villaventana.com/laposadadelareina*

Más información:
www.comarcaturistica.com.ar
www.villaventana.com
www.sierradelaventana.com

CENIZAS DE LA BELLE EPOQUE

A comienzos del siglo XX la pujante compañía estatal Ferrocarril del Sud había proyectado instalar una serie de hoteles a lo largo de sus líneas férreas, como forma de aumentar el movimiento comercial dentro del país. El único que se inauguró fue el Club y Hotel Casino de la Ventana, que en 1911 llegó a ser considerado el mejor hotel de Sudamérica. Construido con el estilo suntuoso y parisino de la Belle Epoque, tenía una sala de cine, teatro, canchas de polo, golf, tenis e incluso un generador eléctrico propio. Pero el ocaso llegó muy rápido, en 1920, con la prohibición de los casinos en la Argentina. Más tarde el hotel tuvo su correspondiente renacer que sería el preludio de su desaparición total, cuando en 1983 –estando en manos del gobierno militar– se incendió por dentro con majestuosa ironía para derrumbarse en sincronía exacta con la dictadura. Lo único que quedó son sus paredes externas, una verdadera reliquia arquitectónica con ruinosa magia que la mayoría de los turistas de la zona visita con gran curiosidad.



Del llano a las cumbres, cabalgatas por los rincones de la región serrana.

PIONEROS DEL AGRIO

En el Refugio del Agrio, que recuerda los paisajes antárticos, viven Gimena y Máximo, una pareja joven procedente de Buenos Aires que se instaló en Caviahue para desarrollar la cría de perros de trineo: todo un desafío, si se recuerda que durante el invierno este valle está tapado por la nieve y la única manera de llegar es en moto de nieve o practicando esquí de fondo. Los dueños del refugio crían una raza llamada "american indian" o "alaskan husky", más delgados pero más veloces que los siberian huskies: sus cuerpos huesudos de ojos casi transparentes ocultan una fuerza insospechada. Durante el invierno, Gimena y Máximo enseñan a los turistas cómo se maneja un trineo tirado por perros, cómo se cuida a los animales, cómo hay que moverse en un paisaje blanco donde la nieve borra todas las señales de orientación. Durante el verano abren el refugio a pescadores y gente que viaja con su propio vehículo y prefiere estar aquí, lo más lejos posible de la civilización y lo más cerca posible de las fuentes de la naturaleza.



A orillas del lago se extiende el pequeño poblado de Caviahue, al pie del volcán Copahue.



TEXTO Y FOTOS DE GRACIELA CUTULI

CAVIAHUE-COPAHUE *Naturaleza y baños termales*

Las tierras del volcán

Las villas de Caviahue y Copahue, en el norte de Neuquén, se extienden al pie del volcán Copahue, una poderosa fuente de energía geotérmica. Un paisaje de cascadas, ríos y valles donde florece el pehuén y brotan aguas termales. En la temporada veraniega, paseos, excursiones y todos los tratamientos imaginables para la salud y el bienestar en el Centro de Balneoterapia.

Inmóviles y cercadas por playas de negra arena volcánica, las aguas planchadas del lago Caviahue reflejan, como en un espejo, la villa de Caviahue y el volcán Copahue que domina el horizonte. Es verano, no hay viento, y el lago muestra las casas alpinas de techos verdes y negros, levantadas en madera y piedra, que forman las contadas calles del pueblo. Sobre ellas se dibuja como un vigía la silueta del volcán Copahue, todavía activo, que hace sólo cinco años volcó por última vez su carga de ceniza sobre las pistas de esquí de Caviahue.

Apenas 18 kilómetros separan a Copahue y Caviahue, dos villas que forman un solo municipio dentro del Parque Provincial Copahue (de unas 18.000 hectáreas de superficie). Los dos lugares también desarrollaron una oferta turística complementaria según las temporadas. En pleno invierno, el paisaje está matizado de blanco, con los copos de nieve posados en las ramas generosas de las araucarias, y a lo lejos se ven los cerros nevados a cuyas espaldas se extiende Chile. En Caviahue el invierno es una postal, pero 400 metros más arriba, en Copahue, es una temporada impiadosa: una capa de varios metros de nieve apenas si permite que asomen la punta del techo de los hoteles, y sólo las piletas termales permanecen libres de nieve, por sus altas temperaturas. Cuando Caviahue vive del esquí, desde junio hasta octubre, Caviahue está sepultada por la nieve. Cuando Copahue vive de las termas, de diciembre a abril, en Caviahue el pueblo aprovecha para construir e invita a recorrer su imponente entorno natural. Recientemente, sin embargo, ambas villas empezaron a difundir la propuesta turística "nieve y termas": el objetivo es lograr la apertura de las termas en Copahue durante el invierno, difícil si se tiene en cuenta que sólo se llega al pueblo, a 2000 metros de altura, en vehículos oruga preparados para desafiar la nieve. Entretanto, un complejo pequeño levantado en Caviahue (a 1600 metros) permite tomar baños termales durante la temporada de esquí: en el último invierno la demanda fue tan importante que se está pensando en una ampliación de las instalaciones. Pero por ahora es pleno verano, la época ideal para disfrutar de las termas, en la villa situada más arriba, y de los paisajes dignos de cuento que rodean a Caviahue, más abajo.

LA REINA DEL LAGO Caviahue tiene apenas veinte años de historia. Nació como un parque de nieve al pie del volcán Copahue y fue creciendo hasta convertirse en el centro de esquí y villa veraniega que es hoy, en plena explosión edilicia. Aquí y allá nacen entre las araucarias nuevas casas reguladas por un código de edificación que pretende preservar su carácter de villa alpina. Hay en construcción un nuevo centro comercial y un hotel cinco estrellas, pero sigue siendo un pueblito extendido a orillas de un lago que fue, en tiempos inmemoriales, la laguna de un antiguo volcán, cuyo cráter tenía unos 25 kilómetros de diámetro. Cuando el volcán hizo implosión, las cenizas fueron dar a unos 50 kilómetros de distancia, a las formaciones que hoy se conocen como Riscos Bayos, en las cercanías de Loncopué. Las aguas del lago Caviahue son termales frías, de modo que tienen propiedades medicinales –aún en estudio– pero su acidez impide el desarrollo ictícola y, en consecuencia, la pesca. Esta actividad queda reservada al conjunto de cinco lagunas encadenadas por el arroyo Trolope –Trolope, Achacosa, Rincón, Larga y Escondida– que están al norte de Caviahue y gozan de gran reputación entre los pescadores.

Tanto el lago como la villa se ven como en una postal desde el circuito que sale de Caviahue hacia el este, donde se encuentra el salto del Agrio. Este río, que nace algo más abajo del cráter del volcán Copahue,



Por las tardes, clases de gimnasia acuática en la laguna Verde, rica en propiedades gracias a sus



El salto del Agrio, de 34 metros de altura. El agua cae en una hoya formada por una colada de lava.

a 2750 metros de altura (el volcán alcanza los 2953 metros) se va enfriando a lo largo de su recorrido y serpentea formando algunos de los más hermosos paisajes de la región.

La primera parada es en el puente del Agrio, que tiene una pequeña pero vistosa cascada. Apenas un anticipo del espectacular salto que se descubre un poco más adelante. Cerca del puente se encuentra el Refugio del Agrio *(ver recuadro)* y a unos siete kilómetros, en una suerte de hoya formada por una colada de lava, se encuentra el espectacular salto del Agrio. Donde corre el río actual corría antiguamente un río de lava, que tras una explosión de gases estalló y formó una suerte de anfiteatro natural cuyas rocas están talladas en semicírculo. La roca es puro basalto, y sus distintos colores revelan la cambiante presencia de minerales: rojo donde hay más hierro, amarillo donde hay más azufre. Este verano, después de un invierno de nieve abundante, el deshielo enriqueció el curso del río y el caudal del salto. El salto del Agrio tiene unos 35 metros de altura y se observa desde el mirador del cañadón que forma el río. Cuando el sol incide sobre su larga cabellera espumosa, forma infinitos arco iris que le dan un toque feérico, hasta que el agua se estrella nuevamente contra el río y corre por las rocas rojas y amarillas del cañadón perdiéndose en el horizonte.



algas.

A LAS SIETE CASCADAS Para visitar las Siete Cascadas del Agrio hay que volver a Caviahue y tomar la RP 26 en dirección opuesta, hacia el sudoeste: es decir, acercándose hacia la naciente del río, en dirección al volcán Copahue. Las cascadas son casi 25 hasta llegar al pie del volcán, pero hay miradores construidos sólo sobre cuatro: la cascada del Basalto, la Cabellera de la Virgen o Manto de la Novia, la cascada de la Culebra y la cascada del Gigante.

En un denso bosque de araucarias, que yerguen sus firmes copas hacia el cielo de un azul casi translúcido, una pequeña caminata sin más dificultad que algún pequeño vado permite acercarse a las cuatro cascadas. Si se siguiera hacia el oeste por este camino pedregoso sombreado de pehuenes, se podría llegar hasta el paso fronterizo de Pucón Mahuida, que –lo mismo que el paso Copahue, más al norte– está cerrado, aunque se trabaja para lograr su reapertura. Por el momento, sólo se puede avanzar hasta el hito limítrofe, pero no más allá. Durante el recorrido de las cascadas, niños mapuches a caballo y a pie ofrecen a los visitantes sus tejidos de lana. Es el tiempo de la veranada y por eso los mapuches están cerca de Caviahue: durante el invierno se trasladan a las zonas de invernada, más al norte. El paso de sus manadas de chivos durante el mes de diciembre, cuando los pastores trashumantes movilizan al ganado para el verano, ya es uno de los atractivos turísticos de la región, además de una tradición ancestral en plena vigencia.

En la cascada del Basalto –la más baja de las que se visitan, de unos 12 metros– vale la pena detenerse a observar una curiosidad: son las formaciones de basalto columnar que se elevan como columnas perfectamente verticales, aparentemente talladas por una mano maestra, junto al curso del río. Este basalto fue originalmente lava, que al enfriarse súbitamente por el contacto con los glaciares generó estas formaciones. Otras formaciones volcánicas son las de los Riscos Bayos, cerca de Loncopué, que tomaron distinta forma por su enfriamiento lento, ya que no tuvieron contacto directo con los glaciares. En Caviahue y Copahue la naturaleza nunca permite olvidar que estamos parados sobre una zona de intensa actividad volcánica, y que

>>>

CUANDO EL BAÑO ES SALUD

Todo Copahue gira en torno del Centro de Balneoterapia Termal y los curistas, que pueden elegir programas de distinta duración según la recomendación médica, aunque el promedio ideal de una cura termal es de 21 días. El complejo tiene aguas hipotermales (entre 20 y 30 grados), mesotermales (entre 30 y 40) e hipertermales (más de 40), con una mineralización de media a fuerte, y cuenta con numerosas cabinas con bañeras de inmersión e hidrojet, donde se aplican tratamientos personalizados.

Cuando el curista llega se le hace una entrevista y es recibido por un médico, que le indicará cuántos baños y de qué características puede tomar a diario. Después del baño son rituales los 15 minutos de relax, y se debe esperar entre una y tres horas para poder realizar una nueva inmersión, ya que el cuerpo requiere tiempo para adaptarse a las diferentes características de temperatura y mineralización de las distintas aguas termales.

Fuera del complejo, se encuentran las lagunas de donde son tomadas las aguas para los tratamientos individuales: allí es posible sumergirse, durante un tiempo controlado por un bañero, que registra los datos de la ficha médica de cada paciente y los va llamando a medida que se cumple su plazo. La laguna central es la Sulfurosa: allí no está permitido meterse, ya que está a una temperatura que ronda los 70 grados. En toda su extensa superficie se ve bullir el agua gris, coronada de una nube de vapor y aroma sulfuroso. A un lado y otro de la laguna sulfurosa hay otras dos: la laguna Verde, rica en algas, de efecto miorrelajante y revitalizante (con una temperatura de entre 27 y 37 grados) y la laguna del Chancho, donde se realizan baños de fangoterapia natural. También está la laguna de las Algas, de propiedades antiinflamatorias y antibacterianas (no se permite el ingreso) y la laguna de los Callos (hipertermal, 38 grados en promedio), donde sólo se pueden poner los pies ya que se usa para tratamientos de podología. En todas las lagunas, los bañeros encargados toman periódicamente la temperatura y la van actualizando según sus variaciones en carteles expresamente colocados.

Un sector nuevo, los baños 3 y 4, está dedicado específicamente a un circuito antiestrés que incluye baños en hidromasaje con aguas de la laguna Verde, distintos tipos de masaje, ducha escocesa y finlandesa, baños de vapor y reiki. En otro sector se realizan tratamientos de belleza, sobre todo aplicaciones de mascarillas con barro volcánico que tienen un notable efecto de limpieza y suavidad en la piel, y hay pabellones de inhaloterapia, con nebulizaciones a base de agua del volcán. Copahue tiene varios manantiales más con aguas de diferentes propiedades: el Agua de Volcán, que surge de una vertiente cercana al cráter del Copahue, rica en azufre, calcio y sulfuro; el Agua Ferruginosa, que se utiliza especialmente para las anemias y problemas osteoarticulares; el Agua Sulfurosa ideal para inhalaciones y tratamientos respiratorios; el Agua de Copahue (comparable a la de Vichy), el Agua del Mate (potable e hipertermal, surge exactamente a 67 grados) y el Agua de Limón, también bebible, utilizada para afecciones digestivas y por orden médica.



Laguna Sulfurosa: aguas grises y humeantes a unos 70 grados; no se usa para inmersiones.



Mirador laguna Hualcupen: uno de los sitios para conocer en una visita a la comunidad mapuche de la zona.

DATOS UTILES

Ubicación: Caviahue-Copahue se encuentra en el noroeste de Neuquén, a 376 kilómetros de la capital provincial y 1520 kilómetros de Buenos Aires.

Cómo llegar: desde Buenos Aires a Neuquén por vía aérea. En el aeropuerto de Neuquén se pueden tomar los vuelos de Patagonia Express, una compañía que ofrece rutas regionales, hasta Loncopué, a unos 55 kilómetros de Caviahue-Copahue (40 minutos de vuelo). Por vía terrestre, se puede ir de Neuquén a Caviahue (en auto o con vans con chofer) por la RN 22, y las RP 21 y 26 (asfaltadas; la RP 26 sigue 18 kilómetros por camino consolidado hasta Copahue). Este tramo lleva por tierra unas cuatro horas y media. Desde Chile, se llega por el paso internacional Pino Hachado, desde donde se recorren unos 179 kilómetros.

Excursiones de verano: Circuito Termal y salto del Agrio, $ 40 (duración 3h30). Caviahue y Siete Cascadas del Agrio: $ 48 (4 hs). Visita a comunidad mapuche, incluye almuerzo con chivito: $ 69 (6 hs). Rafting en el río Agrio (grado I): $ 40 (5 hs). Informes: Caviahue Tours, Av. Bialous Centro Comercial Local 11, tel. (02948) 495138, *caviahuetours@infovia.com.ar*. En Copahue, sucursal en el Complejo Termal local 7. En Buenos Aires: Maipú 42, 2do. piso, of. 22. Tel. 43431932 y 4394-4448. *www.caviahuetours.com.*

Tarifario termal: consulta médica termal, $ 20; baños de inmersión, $ 8; hidromasaje, $ 15; hidropulsor, $ 22; fangoterapia total, $ 25; fangoterapia localizada, $ 15; kinesioterapia, $ 12; inhaloterapia con vapor $ 8; nebulización con agua termal $ 6; jornada completa de dermatología (aplicación de algas o fango + hidromasaje, mañana y tarde), $ 50; belleza facial integral: $ 35; máscara facial, $ 10. Las lagunas Verde y de los Callos son de acceso libre. Para ingresar a la laguna del Chancho la tarifa es de $ 5,50. Programas antiestrés: por día, $ 70; por tres días $ 160; por siete días, $ 380. Hay descuentos del 30 por ciento para la temporada baja (del 1º de abril al 15 de mayo, excepto Semana Santa) y también para jubilados y pensionados.

Más información: *copahue@neuquen.gov.ar* y *turismocaviahuecopahue@norteneuquino.com.ar. www.copahuetermal.com.ar*; *www.caviahue-copahue-com.ar.* Tel. (0299) 4424140 y 442 2153.

<<<

bajo nuestros pies la tierra bulle y suelta calor en forma de lava, cenizas y fumarolas de distinta intensidad.

Después de las caminatas, el regreso a Caviahue promete un atardecer tranquilo: esta villa cordillerana apostó al turismo de descanso, complementario del turismo de salud que es la marca registrada de Copahue, y su escasa vida nocturna se cambia por un descanso sumergido en el silencio infinito, bajo el manto protector de la noche estrellada.

COPAHUE TERMAL La existencia misma de Copahue, a unos 2000 metros de altura y al pie del volcán, sobre una hoya glaciaria, prueba la voluntad humana de desafiar a la naturaleza. Esa naturaleza que –recuerdan los guías de la región– da y a la vez quita: da increíbles afloramientos volcánicos, lagunas de agua termal, barros ricos en minerales; y lo quita durante el invierno sepultándolo bajo un manto de nieve de varios metros de espesor. Entre los años '99 y 2000 funcionó en Copahue un proyecto, pionero en América del Sur, gracias al cual las calles del poblado fueron calefaccionadas con vaporductos que llevaban el vapor bajo la superficie mediante un sistema de serpentinas, y permitían derretir la nieve. Las calles quedaban despejadas, y a los costados las bardas blancas formaban paredones de varios metros. Sin embargo, por una elección inadecuada de los materiales –el vapor es altamente corrosivo– las tuberías se dañaron y hoy funcionan apenas en el 20 o 30 por ciento de su capacidad. Queda como promesa la posibilidad de que Copahue vuelva a ser la única ciudad con calles calefaccionadas en la región, una iniciativa que sin duda permitiría aprovechar las propiedades de las aguas termales también durante el invierno. Por ahora no es posible: a principios de mayo, cuando concluye la temporada, en Copahue parece que se aproxima la guerra: las pocas casas y hoteles se cierran, las puertas y ventanas se protegen con listones de madera, las cabañas forman con postigones una barricada contra la nieve. Y en diciembre, cuando por fin el manto blanco se derrite y empiezan a llegar los turistas, hay que reparar los daños de la nieve. Copahue no tiene población permanente: la mayoría de sus habitantes provienen de Loncopué, y se instalan en la villa sólo durante la temporada. Durante el invierno queda un destacamento de gendarmes, ya que está cerca de la zona fronteriza. Y sin embargo Copahue vive y recibe en temporada unos 15.000 turistas, que aquí se llaman "curistas", ya que se hacen curas termales. El lugar lo merece: aunque el centro de balneoterapia recuerda más a un centro de salud que a un spa (Copahue tiene un fin terapéutico y todos sus tratamientos están controlados por médicos), geográfica y geológicamente es un lugar extraordinario. Además, en los últimos años está potenciando su oferta para tratamientos antiestrés y de belleza, con circuitos especiales que aprovechan los variados recursos del lugar.

Se llega a Copahue después de recorrer 18 kilómetros desde Caviahue por un camino consolidado que va en ascenso hasta que en una curva del camino aparecen, en la hoya, los techos de Copahue. También el olor del ambiente va anunciando la llegada a las termas: flota un aroma a sulfuro y azufre que se siente más los días de calor, y recuerda la importante actividad geológica que trabaja sin pausa bajo los pies de los visitantes. Lo mismo sucede en dos afloraciones cercanas, Las Máquinas y Las Maquinitas, no explotadas comercialmente. Las termas de Copahue son de aguas profundas de origen volcánico: surgen de la tierra y a medida que van pasando por sus distintas capas se enriquecen con minerales. La temperatura a la que llegan a la superficie la da la tierra, ya que no hay artificio de calefacción alguno



En Caviahue nacen entre las araucarias nuevas casas cuya construcción debe respetar el estilo alpino.

POR LEONARDO LARINI

NUEVA YORK *El barrio del Bronx*

Un distrito hip hop

Es el único distrito, de los cinco que tiene Nueva York, que no es una isla. Como carga con una cierta mala fama, las agencias de viajes no suelen incluirlo en los tours por la ciudad. Sin embargo, este barrio es una de las facetas esenciales del caleidoscopio neoyorquino: escaleras de incendio, fulgurantes graffiti, edificios art-déco, un histórico cementerio y todo el ritmo del hip hop.



Las paredes cubiertas de fulgurantes graffiti del Bronx.

Desde el George Washington Bridge se tiene una extraña y muy original –y oblicua– panorámica de Manhattan. Los lejanos rascacielos aparecen más separados y no sorprenden por su altura. Ese relieve tan particular produce una sensación que oscila entre el desencanto y la euforia de la novedad. Uno se percata, entonces, de las mil caras de Nueva York, esa ciudad infinita. El trayecto por ese puente –tan imponente como su colega de Brooklyn, y el único que une a Nueva Jersey con Nueva York sobre el río Hudson– ofrece una atractiva vista del norte de Harlem. Finalizado el recorrido, a la altura de la calle 178, la enorme mole de cemento cuenta con un segundo tramo que cruza el río Harlem y desemboca en el Bronx.

EN TIERRA FIRME La falta de avidez por conocer verdaderamente una ciudad, y la mala fama que se ha ganado a lo largo de los años, han hecho que el Bronx haya quedado marginado de los programas de las agencias de viajes.

Porque si bien tiene zonas un tanto peligrosas, sobre todo en el sur, lejos está este distrito de ser un área impenetrable. Tierra natal de famosos como Calvin Klein, Al Pacino, Willie Colón, el escritor Don DeLillo, Stanley Kubrick, Jennifer Lopez y el cineasta Abel Ferrara, el Bronx está conectado con Manhattan por varias líneas de subterráneo –gracias a las cuales el turista puede llegar fácil y rápidamente–, y a Queens por tres puentes: Triborough Bridge, Whitestone Bridge y Throgs Neck Bridge.

Con casi un millón y medio de habitantes –la mayoría de ellos pertenecientes a las comunidades negra y latina–, fue bautizado así en homenaje a Jonas Bronck, un inmigrante sueco que en 1639 estableció la primera colonia a orillas del Harlem River junto a un grupo de trabajadores daneses, holandeses y alemanes. Después, el pequeño territorio pasó a formar parte del condado de Westchester y, cuando éste se anexó a Nueva York en 1895, comenzó su lenta independencia hasta que en 1914 pasó a ser uno de los cinco distritos de la ciudad y el único que no es una isla (Manhattan y Staten Island lo son y Brooklyn y Queens forman parte de Long Island).

El primer paneo general muestra un variado paisaje que incluye tranquilas calles barriales, avenidas de intenso movimiento, los típicos edificios con escaleras de incendio, muchos autos viejos, fábricas, paredes cubiertas de fulgurantes graffiti, talleres mecánicos y la convivencia de construcciones quemadas y en pleno abandono con casas de estilo holandés y mansiones de un lujo desmesurado.

Lo ideal es comenzar el recorrido por la Grand Concourse, cuyo diseño fue inspirado en Les Champs Elysées. A medida que se avanza por sus cuadras, el visitante quedará asombrado por la gran cantidad de edificios de estilo art-déco. Uno de ellos es el Loew's Paradise Theater, conocido como "La Joya del Bronx". Y no es para menos: este magnífico teatro, inaugurado en 1929 y con capacidad para 4 mil personas, fue durante muchos años el lugar de reunión de los habitantes del barrio. Durante la década del '70 fue dividido en varias salas pequeñas y en los '80 cerró sus puertas. Pero el 29 de octubre del año pasado –después de una gran inversión para renovarlo–, el Paradise volvió a brillar como en sus mejores épocas.

NATURALEZA Y POESIA El dirigible amarillo sobrevolaba el Bronx ante la sorpresa de cientos de neoyorquinos. Minutos después el antiguo aparato aterrizó y bajaron de él los mismísimos Rolling Stones. Fue en mayo de 2002, momento en el que la banda inglesa –a exactos 40 años de su debut– se disponía a anunciar ante la prensa el inicio de una nueva gira mundial. El lugar elegido fue el Van Cortland Park, uno de los tantos espacios verdes que ocupan el 24 por ciento de la superficie del Bronx. El resto lo completan los parques Pelham Bastidor Bay, Crotona, Claremont, St. Mary's, Mosholu, Jerome Park Reservoir y la Bronx River Parkway Reservation, además de la zona de Wave Hill, parque público en el que está ubicada la espectacular mansión de 1843 que fue hogar de Mark Twain, Theodore Roosevelt y Arturo Toscanini.

Lejos de estas opulencias, también guarda suma importancia la Edgar Allan Poe Cottage, cabaña de madera donde vivió el gran poeta y escritor y que fue su último hogar. Poe se mudó allí en 1846 junto con su esposa Virginia, enferma de tuberculosis, para alejarse del ruido y la contaminación de Manhattan, ya que en el Bronx aún reinaba aire puro y fresco. En esta casa, el autor de *La casa Usher* y *El Cuervo* escribió dos de sus grandes poemas: *Annabel Lee* y *Las Campanas*. Administrado por la Sociedad Histórica del Bronx, y situado en un pequeño parque sobre la Grand Concourse, éste es uno de los cuatro museos dedicados a Edgar Allan Poe (los restantes están en Richmond, Filadelfia y Baltimore).

MUSICA EN LAS PAREDES
Es un momento conmovedor y trascendental, aunque se esté contemplando un epitafio: "In Memory of Sir Miles Davis, 1926-1991". Un eufórico escalofrío recorre la espalda al estar tan cerca de la eternidad del genial trompetista. La elegante lápida, colocada sobre la tierra –como es costumbre aquí–, se encuentra en el Woodlawn Cemetery, uno de los cementerios más grandes de Nueva York. Ubicado en la apacible zona de Rollins Hills, cuenta con extensos caminos arbolados entre las tumbas. Y Miles Davis no podía estar mejor acompañado: en las cercanías descansan en armónico silencio otros grandes del jazz como Duke Ellington, Lionel Hampton, Coleman Hawkins y el compositor de blues W.C. Handy, además de Celia Cruz. Pero hay también un segundo momento emotivo e importante, y es cuando el visitante tiene la posibilidad de pararse delante de la piedra de color rosado, sobre la cual hay esculpido un cuaderno que reza: "Herman Melville".

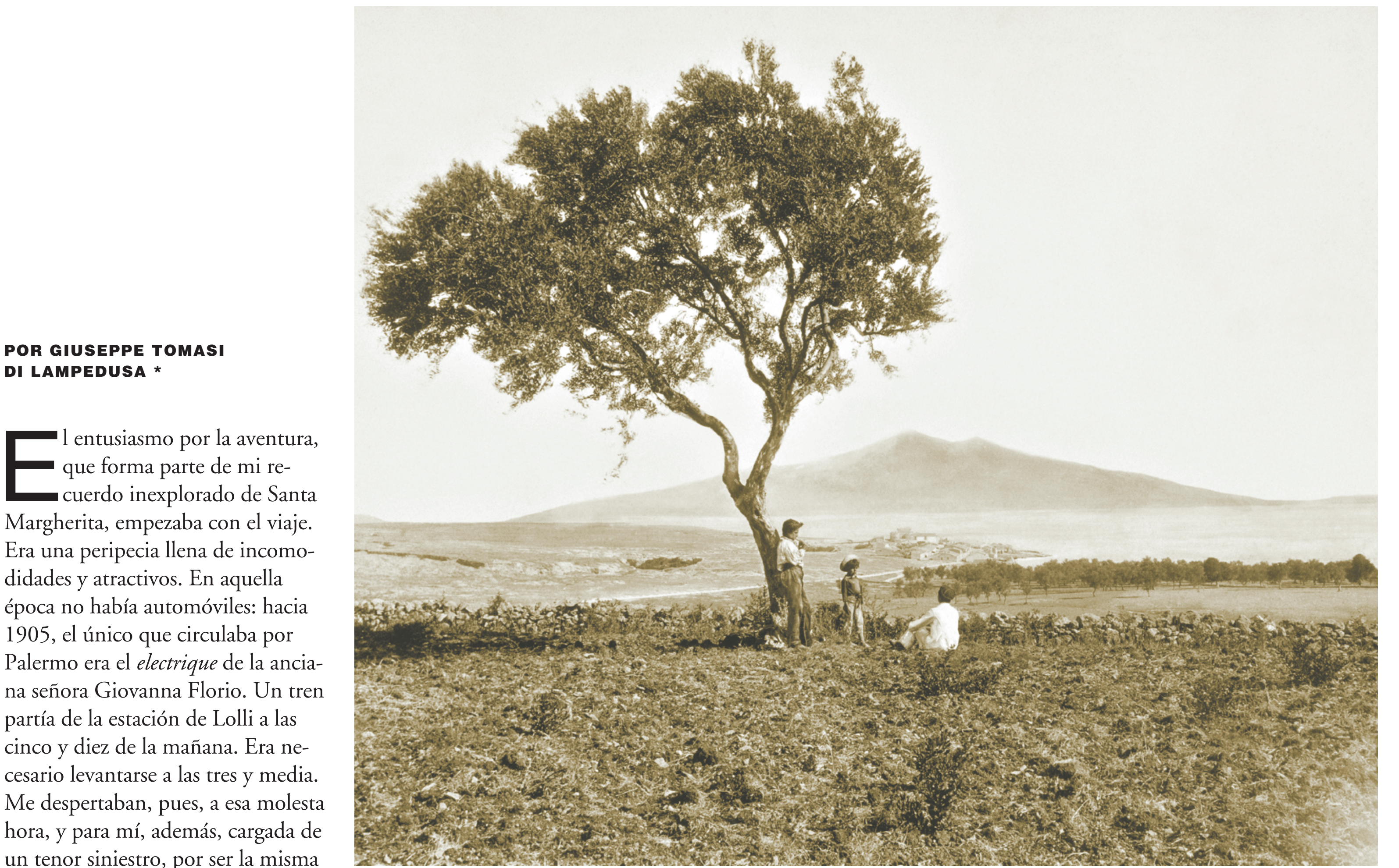
A diferencia de su vecino Harlem, que fue y es tierra de jazz, el Bronx es el territorio natural del hip hop, hoy por hoy el género musical más popular de la tierra. Nació en estas calles, sobre todo al sur, a mediados de la década del '70, con la realización de fiestas en las que surgieron los primeros dj's callejeros cuyos ritmos entrecortados eran acompañados por improvisaciones vocales a pura rima que dieron origen al rap.

Unos pocos años antes había nacido en el barrio el arte del graffiti, actividad muy apegada al hip hop que todavía hoy es visible en paredes y vagones de tren. El primer miércoles de cada mes, el visitante puede subirse al Free Bronx Tour Trolley, un ómnibus gratuito que recorre las principales áreas en las que se experimentan estas dos manifestaciones artísticas.

EL CIRCUITO TRADICIONAL
Claro que el Bronx dispone también de atracciones tradicionales y para toda la familia. Entre ellas sobresalen el Zoológico y el New York Botanical Garden. El Zoo, inaugurado en 1899 con 850 animales, es uno de los más grandes de los Estados Unidos y actualmente cuenta con más de 6 mil mamíferos, peces y aves de 700 especies distribuidos en enormes áreas verdes que pueden ser recorridas a pie, en tren, en mono-rail o en un teleférico. Otro tradicional atractivo, pero que a la vez es otra gran sorpresa para el visitante, es la Orchard Beach. Sí, hay una playa en pleno Bronx y está ubicada en el Pelham Bay Park desde 1930.

De esta manera, yendo de un lugar a otro de manera desordenada, pero disfrutando de cada hallazgo, se llega al famoso Yankee Stadium, uno de los estadios más tradicionales del béisbol. Inaugurado en 1923, este impresionante recinto –que también se usa para recitales y peleas de boxeo– tiene capacidad para 60 mil espectadores y fue por muchos años la casa del legendario Joe Di Maggio, quien vistió la casaca de los New York Yankees durante más de una década.

Finalmente, y para comer, nada mejor que acercarse a la avenida Arthur, punto neurálgico del Little Italy del Bronx. Tan característico como su par de Manhattan, esta zona fue ocupada por gran parte de los italianos que habían llegado a principios del siglo XX a Ellis Island, el refugio neoyorquino de los inmigrantes ✺



LECTURAS *Del autor de "El Gatopardo"*

Viaje siciliano

Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de la célebre novela *El Gatopardo*, escribió una serie de relatos, algunos decididamente autobiográficos, sobre los lugares donde pasó su niñez. De *Recuerdos de infancia*, se ha seleccionado un fragmento en el que describe las peripecias de un viaje en 1905 desde Palermo hasta Santa Margherita Belice a través de la calcinada tierra siciliana.

POR GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA *

El entusiasmo por la aventura, que forma parte de mi recuerdo inexplorado de Santa Margherita, empezaba con el viaje. Era una peripecia llena de incomodidades y atractivos. En aquella época no había automóviles: hacia 1905, el único que circulaba por Palermo era el *electrique* de la anciana señora Giovanna Florio. Un tren partía de la estación de Lolli a las cinco y diez de la mañana. Era necesario levantarse a las tres y media. Me despertaban, pues, a esa molesta hora, y para mí, además, cargada de un tenor siniestro, por ser la misma en que me propinaban el aceite de ricino cuando me dolía el vientre. Los criados y los cocineros ya habían partido el día anterior. Nos cargaban en dos *landaus* cerrados; en el primero, mi madre, mi padre, la institutriz –supongamos que fuese Anna I–, y yo. En el segundo, la doncella de mi madre, Teresa o Concettina; Ferrara, el contable, que era de Santa Margherita e iba a pasar las vacaciones con los suyos, y Paolo, el camarero de mi padre. Creo que seguía después un tercer coche, con el equipaje y las cestas para la comida.

Generalmente sucedía a finales de junio, y en las calles desiertas empezaba a amanecer. Tras la plaza Politeama y la calle Dante (que entonces se llamaba calle Esposizione), se llegaba a la estación de Lolli. Allí subíamos al tren para Trapani; en aquella época los trenes no tenían pasillo y, por lo tanto, tampoco retretes; así que cuando yo era pequeñito llevaban para mí una pequeña bacinilla de horrible cerámica marrón, comprada nada más que para el viaje, ya que se arrojaba por la ventanilla antes de llegar a destino. El inspector cumplía su trabajo aferrado al exterior del vagón; de repente veíamos surgir desde afuera su gorra galoneada y su mano enguantada de negro.

Durante horas y horas atravesábamos el paisaje bello y tremendamente triste de la Sicilia occidental; debía ser el mismo que encontraron al desembarcar los Mil –Carini, Cinisi, Zucco, Partinico–: después las vías seguían la costa del mar; los rieles parecían estar sobre la arena. El sol, ya ardiente, nos asaba en nuestra caja de hierro; *no existían los termos*, y en las estaciones no podía esperarse refresco alguno. Después el tren cortaba camino hacia el interior, entre montañas pedregosas y campos de trigales ya segados, amarillos como la melena de un león. A las once, finalmente, llegábamos a Castelvetrano, que entonces distaba mucho de ser la pequeña ciudad presumida y ambiciosa que es ahora: era una aldea lúgubre, con zanjas al aire libre y cerdos exhibiéndose por la calle mayor, y con millones de moscas. En la estación, que ya llevaba seis horas achicharrándose bajo el sol, nos esperaban nuestros coches, dos *landaus* a los que habían adaptado cortinitas amarillas.

A las once y media retomábamos la marcha: hasta Partanna, durante una hora, el camino era llano y fácil, a través de un maravilloso paisaje de campos cultivados; viajábamos señalando los lugares conocidos: las dos cabezas de negros en mayólica sobre los pilares de la entrada a una villa, la cruz de hierro que marcaba el sitio de un asesinato, pero cuando llegábamos al pie de Partanna la escena cambiaba; se presentaban tres carabineros, un sargento y dos soldados, que a caballo y con la nuca protegida por un pañuelo blanco, como los jinetes de Fattori, estaban destinados a escoltarnos hasta Santa Margherita. El camino se volvía montañoso; alrededor se extendía el desmesurado paisaje de la Sicilia feudal, desierto, sin un soplo de aire, oprimido bajo el sol de plomo. Buscábamos un árbol para merendar bajo su sombra: no había más que algunos raquíticos olivos, que no protegían del sol. Al final encontrábamos una casa colonial abandonada, casi en ruinas, aunque con las ventanas celosamente cerradas. A su sombra nos apeábamos y comíamos; cosas suculentas, en general. Un poco más allá también comían los carabineros, a quienes se les había entregado pan, carne, pastel y algunas botellas, alegres y ya quemados por el sol de mediodía. Cuando acababa el almuerzo, el sargento se acercaba, con un vaso lleno en la mano: "En mi nombre y en el de mis hombres, doy las gracias a Sus Excelencias". Y se tomaba de un trago el vino, que debía estar a cuarenta grados. Pero uno de los soldados se había quedado de guardia y, prudentemente, daba vueltas alrededor de la casa.

Volvíamos a entrar en los coches. Eran las dos, la hora realmente atroz de la campiña estival siciliana. Marchábamos al paso, porque empezaba el descenso hacia Belice. Todos estábamos silenciosos, y entre el ritmo de los cascos sólo se oía la voz de un carabinero que tarareaba: "la española sabe amar así". Se levantaba la polvareda. *(Anna I, que había estado hasta en la India.)*

Después se atravesaba el Belice, que era un río importante para Sicilia, y que hasta tenía un poco de agua en su gran cauce desnudo; y allí empezaba la interminable subida hasta el paso, entre curvas que se sucedían sin pausa en el paisaje calcinado.

Parecía que no terminaría nunca, y sin embargo terminaba: en lo alto de la vertiente los caballos se detenían, temblorosos y sudados; los carabineros desmontaban, y también nosotros bajábamos a estirar las piernas. Y se retomaba el camino, al trote. Mi madre comenzaba a advertirme: "Presta atención, dentro de poco, a la izquierda, verás la Venaria". En efecto, llegábamos a un puente y a la izquierda se divisaba finalmente un poco de verdor, unos cañaverales y hasta un naranjal. Eran las Dágali, la primera posesión de los Cutó que encontrábamos. Y detrás de las Dágali, una colina empinada, con un largo camino de cipreses que llevaba a Venaria, un pabellón de caza que nos pertenecía.

Ya no estábamos lejos. Mi madre, impelida por su apego a Santa Margherita, no podía mantenerse quieta, se asomaba por una ventanilla y por la otra. "Estamos casi en Montevago. ¡Ya llegamos a casa!". Pasábamos, en efecto, por Montevago, el primer sitio con signos de vida que encontrábamos después de cuatro horas de camino. ¡Pero qué sitio! Anchas calles desiertas, casas oprimidas tanto por la pobreza como por el sol implacable, ningún alma viva, algún cerdo, algún gato muerto.

Pero una vez superado Montevago las cosas mejoraban. El camino era recto y llano; el paisaje, risueño. "¡Ahí está la villa de Giambalvo! ¡Ahí está Madonna delle Grazie y sus cipreses!" Hasta saludábamos con alegría al cementerio. Después, Madonna de Trapani. ¡Ya llegamos! Ahí está el puente.

Eran las cinco de la tarde. Hacía doce horas que viajábamos.

En el puente estaba formada la banda municipal, que arremetía con ímpetu una *polka*. Nosotros, desarreglados, con las cejas blancas de polvo y la garganta reseca, nos esforzábamos por sonreír y agradecer. Un breve recorrido por las calles y desembocábamos en la Plaza; descubríamos las agraciadas líneas de la casa, pasábamos por el portón: primer patio, atrio, segundo patio. Habíamos llegado. Al pie de la escalera exterior el grupito de los "de la familia", encabezado por el extraordinario Don Nofrio, minúsculo bajo su barba blanca, y flanqueado por su corpulenta esposa. "¡Bienvenidos!" "¡Qué alegría estar acá de nuevo!"

Arriba, en un salón, Don Nofrio había hecho preparar unos refrescos de limón, espantosos, pero que resultaban igualmente una bendición del cielo. A la rastra, Anna me llevaba a mi cuarto, y a pesar de mi resistencia me sumergía en un baño tibio que Don Nofrio, el irreprochable, había previsto, mientras mis desgraciados padres enfrentaban la oleada de conocidos que empezaban a llegar.

(...)

La "excursión" por excelencia era la que nos llevaba a Venaria, el pequeño pabellón de caza situado sobre una elevación, cerca de Montevago. Era una excursión que siempre hacíamos en grupo, un par de veces cada temporada, y nunca faltaban en ella repetidos episodios graciosos. Se decidía: "El próximo domingo a comer en Venaria". Y por la mañana, hacia las diez, nos poníamos en marcha, las señoras en coche, los hombres sobre burros; a pesar de que todos o casi todos tuviesen caballos, o mulas, lo tradicional era ir en burro. Sólo mi padre se rebelaba; había encontrado una estrategia para sortear la dificultad, declarándose la única persona capaz de conducir por aquellos caminos el "dog-art" en el que viajaban las señoras, y en cuyos jaulones destinados a los perros, en la parte inferior del vehículo, se guardaban en esta ocasión las botellas y los dulces para la comida. (...)

Alrededor caracoleaban los asnos (mejor dicho, *i scecche*, porque en siciliano el asno es casi siempre femenino, como los barcos en inglés), agitando las orejas. Había caídas verdaderas, y auténticos amotinamientos asnales, pero también se los fingía para la animación general. Atravesábamos Montevago, despertando la vocal indignación de todos los perros del lugar; llegábamos al puente de las Dágali, se descendía a las orillas y se comenzaba a subir la cuesta.

La avenida de acceso era realmente grandiosa; se prolongaba por unos trescientos metros y subía recta hacia la cima de la colina, acompañada por una doble hilera de cipreses. Y no unos cipresitos adolescentes como los de San Guido, sino grandes cipreses centenarios que desde sus espesas copas expandían en todas las estaciones un perfume austero. Las filas de árboles se interrumpían cada tanto para dar lugar a una encrucijada de bancos y, también, a una fuente cuyo mascarón todavía lanzaba agua intermitentemente. Y subíamos en esa sombra fragante hacia la Venaria, que estaba allá arriba, inundada de sol ✹

* *Los relatos*, Buenos Aires, Libros Perfil, 1998.